Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
9	5	8	1	1	1
2	8	4	3	1	0
4	0	9	2	0	3
1	0	6	7	0	1
7	6	3	5	0	1

SOLUCION / Pág. 4

CANCION DE VIEJOS COMUNISTAS



Página/2/3

Verano/12



NOS GUSTA TANTO WENDERS

(Por Adriana Schettini) A las 4.20 A.M. Julio envidió profundamente a William Shakespeare. Inglés tenía que haber sido, el muy fresco, para haber tenido *Sueños de una noche de verano*. El, en cambio, hacía una semana que sólo conocía el insomnio de las noches de verano. Y, por más que abriera las ventanas, las sábanas se le pegaban al pellejo y una obsesión le recorría las neuronas: ya no soportaba a la mayor parte de sus clientes. Y los muy canallas se le aparecían en los recovecos de su memoria en plena madrugada mientras él se revolvía en la cama, empapado en sudor, y sediento de un poco de descanso.

No bien apagaba la luz sus clientes desfilaban en la oscuridad como una legión incontrolable. Sus fantasmas recorrían, despiadados, las cuatro paredes de su habitación. Los veía llegar con las sonrisas de plástico, el andar prolijamente descuidado y esas incontrolables ganas de devorar novedades. Era entonces cuando la bronca le trepaba por las venas hasta hacerle latir el cuello. El cliente no siempre tiene razón. Qué va, se decía. O por lo menos no la tiene esa manada de ovejas con los gustos domados por la publicidad a la que soportaba día a día con la paciencia acodada detrás del mostrador. Más de una vez trató de disuadirlos, de evitar que siguieran indigestándose con trompadas, sexo barato e historias happy-end de romanticismo light. Pero no había con qué darles. Era como si una bestia negra agazapada tras el adolescente cara de ángel, el joven profesional en ascenso o la más modosita de las amas de casa pegara el zarpazo en el instante mismo en que ellos pisaban el local, y los obligara a no bajar el nivel de estupidez en sangre. Y ellos, mansos como corderos, cumplían la orden a pie juntillas. Había probado con todos los argumentos posibles. Era inútil, la bestia les había secuestrado el cerebelo. Pero esta vez estaba decidido a ponerle fin al asunto. Por la mañana arrastraría su cansancio hasta el negocio y procedería.

Se preparó cantando bajo la ducha, desayunó con la serenidad del que tiene todos los pasos del operativo matemáticamente calculados y salió con aires de ganador. Caminó por Pueyrredón, dobló en Paraguay y abrió el local dispuesto a todo. Les voy a hacer una oferta que no van a poder rechazar, pensó y se abalanzó sobre la computadora. *A los clientes que tengan abono* —escribió— *se les informa que durante el verano por cada película que retiren se les entregará un clásico en forma gratuita. Firmado: Video Club De Película.*

La venganza le pareció perfecta: los sorprendería en su pequeña miserabilidad, pensó. Se relamía imaginándose la cara del gordito ramboadicto de la otra cuadra cuando junto con la última del héroe todomúsculo tuviera sobre el mostrador *El acorazado Potemkin*. O la expresión resignada de la fanática de Julia Roberts ante la opción de combinar *Durmiendo con el enemigo* con la inigualable *Casablanca*. Y, bueno, ya que es gratis... démela..., pensó que diría con pucheritos de mártir. La satisfacción le salía por los poros mientras escribía la lista de los videos que integraban la oferta. No basta con los clásicos en sentido estricto —advirtió— e incluyó algunas de Wenders, dispuesto a vengarse de aquel monstruo bípedo al que no había tenido mejor idea que recomendarle *Las alas del deseo* y que al día siguiente casi le destroza el local. Había entrado hecho una tromba. Había tirado el casete sobre el mostrador y había hecho valer su derecho de consumidor al que no le iban a dar gato por liebre:

—Pero usted qué se cree —recordó que le había gritado—. Encima que me recomienda un bodrio me da un video fallado. Cámbiemelo: a éste de vez en cuando se le va el color.

CANCIO
DE VIEJO
COMUNIST

Pedro Orgambide nació en Buenos Aires en 1929. Exiliado en 1974, vivió en México hasta 1984. Fue periodista, guionista de cine y de televisión, novelista, creativo publicitario y autor de cuentos, ensayos y obras de teatro, entre ellas "Eva", una pieza hecha en colaboración con Nacha Guevara y Alberto Favero. Entre sus novelas se destacan: la trilogía "Novelas de la memoria: El arrabal del mundo, Hacer la América y Pura memoria" (1980-1983); su autobiografía "Todos teníamos veinte años" (1985); "Historias imaginarias de la Argentina"; "La mulata y el guerrero" (1986) y "La convaleciente" (1987). El cuento que se publica a continuación es inédito.

Por Pedro Orgambide

Cuando Manolo cantaba las canciones del Quinto Regimiento, los parroquianos de la Casa de Troya, en la Avenida de Mayo, cantaban con él, hacían palmas y revivían los días de combate lejos de aquí. Pero Manolo no había estado en la guerra. Se alistó para ir a pelear, pero lo rechazaron por incapacidad física. Desde entonces, se consolaba cantando.

Manolo era muy aficionado a los actos políticos. No se perdía uno. En broma, un camarada dijo que Manolo tenía asistencia perfecta en el Luna Park. Pero lo que más le gustaba a Manolo era cantar, cantar las canciones de la guerra que le había sido negada y en la que pudo morir como un héroe.

Era un buen hombre, algo chiflado por la política, como todos nosotros. Para él, la existencia sólo tenía sentido con la Revolución. No hace falta decir que era un comunista de los de antes, creyente del internacionalismo. Supe, por él, que el famoso cantante mexicano Jesús Alfonso Gutiérrez, alias El Mariachi (el mismo que cantaba en la radio), era también un camarada.

Por aquella época tuvimos noticias de que más allá de las células del Partido existía un movimiento secreto, que algunos denominaban Poética de la Política y otros, simplemente, La Causa. Se trataba de una logia dispuesta a mantener viva la pasión de la Revolución (el *pathos*, decía Manolo), la desmesura que enloquecía a los burócratas, a los "cretinos iluminados", como los llamaba el poeta Vladimiro Maiacovsky.

—¡Este Manolo es un gallego comunista hijo de puta! —opinaba el señor Rimaldi, el jefe de la oficina en la que trabajábamos.

Y amenazaba con denunciarlo a la policía. Pero Manolo continuaba cantando, como si tal cosa. Y a veces apuntaba con el índice, como si éste fuera el cañón de un revólver y hacía un disparo imaginario y atravesaba el corazón del mediocre.

Eran otros tiempos y nadie se avergonzaba de ser comunista, ni siquiera un hombre tan famoso como Jesús Alfonso Gutiérrez, astro de la canción melódica y ranchera, a quien Manolo, en confianza, llamaba "mi amigo Chucho". El mexicano, internacionalista, practicaba a la vez cierto panamericanismo erótico: por aquella época frecuentaba a La Paisanita, una bailarina de danzas nativas que trabajaba en La Enramada, de la Avenida de Mayo.

Cuando llegamos con Manolo, la mujer dejaba la habitación para ir a su trabajo. Chucho la despidió con un beso; un beso de película de los años '40. Después nos invitó a tomar unos tragos. "No bebo antes de comer", dije. A Chucho le causó mucha gracia mi reticencia "a los alcoholes".

—Los comunistas de acá son muy abstemios —opinó.

Lo habían invitado a varios pic-nics del Partido, en los que se tomaba vino con soda, alguna cervecita, naranjines. Se rió y vi sus bigotes muy negros y sus dientes muy blancos. Comprobé su increíble parecido con Jorge Negrete.

—¿Así que usted, camarada, ya oyó todo ese cotorreo de la Logia? —me preguntó.

—Oí algo, no mucho —reconocí.

—Ayer hablábamos de eso con Boris...

—¿Y quién coño es ese Boris? —preguntó Manolo.

—Un ruso. Un camarada que acaba de llegar de México.

El ruso que venía de México se alojaba en un hotel de mala muerte, en el Bajo. Con Chucho y Manolo subimos por una escalera mugrienta, donde se acumulaban diarios viejos, cajas, botellas vacías y preservativos. Subimos esquivando toda clase de cosas y llegamos a un pasillo oscuro, con paredes de chapa. La habitación del ruso estaba en el fondo del pasillo. Chucho golpeó las manos.

—¡Boris...! —llamó.

Abrió la puerta un hombre gigantesco con cara desvelada.

—Pasen, pasen, caballeros...

Su cuerpo de estibador contradecía a una voz muy delicada y a sus modales, demasiado ceremoniosos, de señor europeo. La habitación estaba muy ordenada. Sobre una mesita, el hombre había colocado el samovar. Sirvió el té. Yo recordaba infinidad de películas rusas en que se repetía una escena semejante. Faltaba la música, claro; la lejana música de un acordeón que Boris, seguramente, sabía tocar.

—¿Así que los camaradas quieren saber acerca de La Causa? ¡Ja, ja, ja! Todo comenzó por una broma..., una broma entre literatos burgueses... Por lo que yo sé, fue un compatriota suyo, el señor Macedonio Fernández, quien escribió el Manifiesto de la Poética Política... Tengo entendido que ese señor era un filósofo bromista... Pero también fue un conspirador: intentó crear una Comuna en el Paraguay...

—Nunca imaginé que Macedonio hubiera sido comunista —dije.

—Un heterodoxo —precisó Boris.

El ruso recordó una conversación con el pintor mexicano David Alfaro Siqueiros en España, durante la guerra. Boris combatía en las Brigadas Internacionales y Siqueiros era coronel del ejército republicano. Para El Coronelazo, el Manifiesto de Macedonio fue un intento de humanizar la ortodoxia de la Revolución. Según él, el revolucionario chino Mao-Tsé-tung, estaba al tanto de ese movimiento. Simpatizó con él, pero no pudo alentarlo. Prefirió unir la ortodoxia a un sentido didáctico de la poesía china.

—No es raro que Mao cite el *Libro de Canciones* —explicó Boris—. Como buen chino, toma muy en cuenta la tradición.

—¡Esas son pendejadas! —se aventuró Chucho—. Un internacionalista proletario no tiene más herencia que el sufrimiento de la Humanidad...

Profetizó la utopía de una literatura anónima y citó al conde de Lautrèamont.

¡Joder! ¡Este socializa hasta a los aristócratas! —se rió Manolo.

—De todos modos, siempre habrá cabida para lo individual, para lo que uno es en el Universo —aclaró El Mariachi.

—¡Todos los intelectuales se llenan la boca con la palabra *individual*! —se enojó Boris.

—Un hombre es una revolución caminando —dije, citando a Novalis.

—¡Me gusta eso, coño! —se entusiamó Manolo.

Pero a Boris la cita le pareció muy pequeño burguesa, muy inoportuna. Se sirvió un vaso de vodka. El Mariachi lo siguió. Como si estuvieran en una cantina de Jalisco. O en el Distrito Federal, en la Plaza Garibaldi. Desafiantes, taciturnos, cada cual en su pensamiento.

—¿Qué te traes? ¿Adónde quieres llegar? —preguntó Chucho.

—Yo no discuto para ganar o perder. La competitividad burguesa, capitalista, nos ha llevado a discutir de ese modo. Pero yo me niego a ese juego —dijo Boris—. Sólo me importa la discusión dialéctica... ¿De acuerdo?

—¡Andele! —se rió el Mariachi— ¡Ahí muere!

Bebimos mucho esa noche. Yo me olvidé de que no bebía antes de comer. También Manolo, acostumbrado a módicas copitas de jerez o manzanilla. ¿Cuántas horas estuvimos discutiendo? Era muy difícil contabilizar los ímpetus de los comunistas de entonces, para quienes el mundo era una sola patria. Noche confusa. En algún momento, borracho, abandoné a mis amigos y salí a orinar. No pude encontrar el baño y oriné en el pasillo, frente a una luna inmensa. De pronto, oí la risa de una mujer y tropecé con su cuerpo blanquísimo y su boca pintarrajeada. Me abandoné a esa boca ávida que se había apoderado de mi sexo y lo succionaba, feroz.

Noche confusa.

Quien haya cantado alguna vez las canciones de los viejos comunistas, sabe que no es fácil olvidarlas. Son canciones que hablan de la lucha y la dignidad y de un futuro que siempre será mejor. Siempre. Esto es lo que las hace tan conmovedoras, tan patéticas, sobre todo en estos días, en que esas canciones han caído en desuso. Debo decir que yo entonces había comenzado a dudar de tanta certidumbre y por eso Manolo se entristecía y seguía cantando solo.

—No tienes confianza y eso es malo —me decía.

Pidió ayuda al Mariachi.

Chucho me citó en su casa, en la pensión donde vivía con La Paisanita.

—Manolo me dijo que quieres abandonarnos, ¿es verdad?

—Sí.

—¿No eres comunista, acaso?

—Creo que no.

—Escucha, escucha... ¡Te pierdes lo mejor!

—Lo lamento. Creo que se agotaron mis fuerzas.

—Eres un cobarde —dictaminó.

Creí que El Mariachi hacía el ademán de sacar la pistola y bajé, como pude, las escaleras.

—¡Espera! —gritó Chucho.

Corrió por el zaguán hasta la calle.

—Por última vez... ¿Eres o no eres comunista?

—No —le respondí.

Me sentía indigno de ese nombre y, al mismo tiempo, aliviado de no pertenecer más a los cultores de un dogma. No sabía entonces que volvería a equivocarme, que cambiaría un dogma por otro. Pero ésa es otra historia. De lo que hablamos hoy es de la canción de los viejos comunistas, ésa que yo canté alguna vez.

Manolo intentó comentar lo ocurrido, pero yo desvié la conversación hacia asuntos del trabajo. Levanté la voz para que nuestro jefe nos oyera. Manolo me miró con tristeza, muy sorprendido por mi actitud.

Pero yo no quería que me confundieran con un revoltoso. Yo no era Manolo ni Boris ni El Mariachi. No quería cambiar el mundo. Quería vivir en él.

Durante varias semanas gocé la sensación inefable de ser un señor apolítico, de clase media. Mi jefe me prometió un aumento. Mi esposa empezó a hacer planes para comprar una casita. Como decía ella, podíamos tener una posición desahogada, como la de mi cuñadito, que ya era dueño de un taller mecánico.

—¿Y el loco? —preguntaba mi cuñadito.

—Allí está, en el galpón. Leyendo, como siempre.

Entonces él se llevaba dos dedos a la boca y chiflaba. Yo salía y nos íbamos juntos hasta el café, a tomar una grapa y a jugar un partido de truco. Vida normal. Yo creo que si uno se organiza, si toma las cosas con calma, tarde o temprano, logra lo que quiere. Como mi cuñado.

Entretanto, Manolo seguía yendo a las manifestaciones, donde la policía lo golpeaba sin ningún beneficio. Y bueno, él se la buscaba: era comunista.

Una tarde, al salir de la oficina, varios hombres de la Sección Especial se lo llevaron preso. A golpes, lo metieron en un auto que desapareció rumbo a la calle Urquiza. Sentí un profundo malestar en el estómago. Tenía ganas de vomitar, pero me contuve. En el subterráneo, mientras leía los titulares de los diarios, pensé que yo no tenía ninguna culpa en lo que le ocurría a Manolo. Seguramente ya se estarían ocupando de él los abogados del Partido. Al principio, los tiras de la Sección Especial negarían que Manolo estuviese allí; le aplicarían la picana sin asco. Después, con suerte, lo mandarían a la cárcel de Villa Devoto. ¿Pero qué me importaba a mí, qué me importaba si ya no era comunista? Oigo la vieja canción, escucho la canción conocida.

Sí; había que hacer algo.

No hay nada peor que dejar una secta. Uno se transforma en sospechoso. En aquellos tiempos, a quien dejaba el Partido solían endilgarle el mote de confidente policial. Desde luego yo no era un confidente así; mis confidencias las escuchaba mi maltratado corazón, que palpitaba aún con la canción de los viejos comunistas.

Mi cuñadito, para hacerme olvidar de esas preocupaciones, dijo que lo que yo necesitaba era salir de putas por ahí.

Salimos.

Pero, nada. En cualquier momento, yo sentía enormes deseos de llorar.

—¿Y ahora qué te pasa?



—Pienso en Manolo. Lo deben estar torturando. Puede morir.

—¡Todos nos vamos a morir, che, no jodás! —se reía mi cuñadito y, para levantarme el ánimo, me contaba un chiste verde.

Eran días muy tristes en verdad.

Iba tomar el subte para regresar a casa, cuando un tira me pidió los documentos. Me asusté. Eché a correr sin sentido, con el pesquisa detrás. Yo fumaba mucho entonces, me faltaba el aire. A los cincuenta metros me detuve, fatigado. El pesquisa me dijo que era "un reverendo pelotudo", que él sabía muy bien que yo no tenía nada que ver con Manolo, pero que ahora la cosa se complicaba "por tu culpa ¿te das cuenta?" y tenían que ir a revisar mi casa y con la requisa todo iba a quedar patas para arriba y adiós los planes para comprar la casita o para acceder a socio de mi cuñado. "¡Los comunachos no escarmientan, seguís siendo un comunacho vos, aunque pongas cara de ángel, sos un turro, sos un hijo de puta vos!" Tuve que sacarme el cinturón y vaciar los bolsillos. Me llevaron a un calabozo bastante limpio. Tuve que desnudarme. Alguien encendió la radio y se oyó un tango de los '40.

—¡Ya vas a cantar, pajarito! ¡Cuando venga el comisario vas a cantar en serio!

Varias veces me sacaron del calabozo para responder los interrogatorios. Cada oficial tenía su táctica: los había displicentes, bruscos, amenazantes, conciliadores. Me pareció ver, detrás de unos vidrios, la cara ensangrentada de mi amigo Manolo.

—Manolo García y vos... ¿son de la misma célula?

—No entiendo...

—Te estoy hablando en argentino, me parece...

—¡No te hagás el boludo! —dijo el más joven y me pegó una trompada.

Lo curioso es que yo ya no era comunista y no tenía la menor conexión con los ex camaradas Más aún: algunos militantes que repartían la prensa del Partido por mi barrio, habían dejado de saludarme y me daban vuelta la cara. No tenía la menor esperanza de convencer a unos y otros.

Pensé en escapar. Durante días no pensé en otra cosa.

No sé cómo llegué al hotel de Boris, cómo subí, desnudo, la escalera mugrienta. Fue muy raro que no me detuvieran cuando crucé la avenida Leandro N. Alem, cuando corrí por las calles del Bajo. Al abrir la puerta, Boris lanzó una carcajada. Creyó que se trataba de una broma, una de esas bromas pesadas de los argentinos que desnudan a un novio en su noche de bodas o a un joven que se recibe de médico, al que embadurnan con harina y huevo y dejan maniatado en un farol. Pero al verme temblar, Boris se compadeció y me dio una frazada e insistió en darme una botella de vodka ("toma, toma, pequeño burgués, emborráchate, es lo único que se puede hacer en estos casos"). Mientras bebía, mientras me emborrachaba, me veía a mí mismo como un personaje de novela rusa.

—Me siento muy desdichado —dije.

Boris no respondió sino que empezó a cantar. Tenía voz de bajo. Me pareció que era Chaliapin con su amigo Gorki, caminando junto al río, soñando con la Revolución.

Han pasado muchos años. A veces, en mi casa, oigo algún viejo disco de Jesús Alfonso Gutiérrez, El Mariachi. Se ha retirado de la actividad artística y, según supe, tiene una gran hacienda en la que cría toros de lidia, que es su principal afición, después de las mujeres. Boris se fue de la Argentina cuando su país entró en guerra. Se embarcó como tripulante en un barco de carga noruego. Me dijo al despedirse:

—Sos una persona muy tonta. No tenés el menor entrenamiento político para defenderte. Sos un pequeño burgués sin conciencia de clase, incapaz de hacer fortuna. ¿Qué será de vos?

—No lo sé, Boris, no tengo la menor idea.

En la memoria, creo que Boris está cantando en la borda del barco. Pero seguramente me confundo con una película de Gardel.

Al que veo, sí, es a Manolo.

—Ya volverás a casa —le digo.

—Los médicos dicen que estoy muerto.

—Mienten...

—Dicen que terminó la guerra...

—La guerra continúa, Manolo.

—Lo imaginaba. Pero oí que yo estaba muerto o loco. No recuerdo bien.

—Loco. Demente. Pero curarás.

—¿Qué me trajiste?

—Un sandwich, fruta y cigarrillos.

—¿Sabés qué dicen estos locos? Que el comunismo ha muerto.

A Manolo le causa gracia este disparate.

—Comé —le digo.

—Sí.

Cuando termina de comer enciende un pitillo y yo le pido que cante las canciones de la Guerra Civil española, sobre todo ésa, la del Quinto Regimiento. Para hacerlo feliz, simulo que es un miliciano que regresa de la guerra y yo me sumo a sus cantos, mientras caminamos, como buenos y viejos camaradas, por el jardín del hospicio.

LA PORTADORA



11. Angel

Folletín erótico
de Pedro Lipcovich

Tal vez si no fuera por lo que ayer sucedió con Claudio, ella no estaría hoy en el consultorio del doctor Bermúdez. El doctor está acompañado por un joven angelical. Es un ahijado de la esposa del doctor, ¿no es cierto, Angel?, dice Bermúdez. El ángel asiente, incómodo. Bermúdez lo palmea con falsa cordialidad. Están sentados en el consultorio de paredes decoradas con patitos lila. Ella está de pie ante los dos, cerca de la camilla ginecológica. La señorita va a colaborar, ¿no es cierto? Bermúdez no aguarda respuesta: Quítese la ropa, por favor. Cuando ella va a apartarse, Bermúdez la detiene: No, no; acá adelante, y despacio, por favor.

—No es lo que me habían dicho —protesta el ángel.

—Pero va a ser así —sonríe Bermúdez—. Usted no querrá quedar mal con su madrina, ¿no es cierto?—. Ella ve que el cuello de la camisa del ángel está gastado y que sus zapatillas son viejas: en vértigo imagina una historia de miseria, tal vez él está sujeto a los Bermúdez por alguna necesidad imperiosa, una hermana enferma, el padre en la cárcel, quién sabe qué extorsión. El ángel ha bajado la vista aceptando la decisión de Bermúdez. El doctor le indica a ella que empiece a desnudarse.

Ella sin mirar a los hombres se quita la blusa. Por algún motivo el ángel trata de no ver. Bermúdez ordena que ella espere. Ella está de pie, inmóvil; los pechos tiemblan un poco. El ángel los mira ahora, como si a su vez fuera visto por dos ojos redondos de carne. Bermúdez hace otra indicación; las manos de ella vacilan antes de bajar al pantalón de mujer: "Vamos", ordena Bermúdez. Ella desabrocha el botón superior del pantalón y baja el cierre. Los ojos del ángel están fijos en sus manos. Bermúdez los contempla, a ella y a él, con sonrisa benévola. Por el ángulo del cierre abierto del pantalón, casi como si fuera vello, se ve un borde de negra prenda de mujer. Cuando ella lleva las manos a la cintura para empezar a bajar el pantalón, Bermúdez la detiene: de espaldas; deberá quitarse el pantalón de espaldas a ellos; sin apuro, dice Bermúdez. De espaldas ella lleva hacia abajo el pantalón. Cuando la parte superior del pantalón está a la altura de los muslos, siente que un pliegue de la pequeña prenda negra quedó aprisionado entre las nalgas y con automático pudor estira la tela para cubrirse. ¡Muy bien!, exclama Bermúdez, eso estuvo muy bien. Vamos a repetirlo, dice.

Pero ella se vuelve con la cara descompuesta en negativa. Los pechos, que ha olvidado cubrirse, tiemblan. "Déjela", dice el ángel. Bermúdez alza con lentitud su cuerpo pesado.

—Cállese, Angel.

El ángel no responde, se repliega. El doctor, sin molestarse en mirarlo, la observa a ella, con ironía tranquila. Ella recuerda a Claudio, la mano violenta, el insulto. Siente una flojedad en las piernas hasta trastabillar. Bermúdez con repentina agilidad va a sostenerla por los brazos, le impide caer.

—Continuemos —dice volviendo a sentarse. Ella vuelve a poner el pliegue de tela allá atrás. Más, pide Bermúdez: pide que toda la parte posterior de la pequeña prenda negra quede apretada allí. Bien, dice Bermúdez; le dice que termine de sacarse el pantalón y que se vuelva de frente a ellos. El ángel respira con anhelo. Bermúdez le señala la única prenda, negra, en el cuerpo de mujer.

—Se la vas a sacar vos. Vas a agarrar la ropita —dice— por la parte de atrás.

El ángel se pone de pie, sus actos están soldados a las palabras del otro. Ella siente la mano tímida atrás, donde Bermúdez no puede ver; los dedos se demoran en indecisión o caricia; ella no se mueve, su cara no delata la intimidad secreta con el ángel. "Vamos", dice Bermúdez con amabilidad. El ángel ciñe con sus dedos la tela apretada; ella siente en sí el dorso de los dedos, y separa un poco las piernas para ayudar a que la pequeña prenda se deslice abajo. El montoncito negro ha quedado a su lado en el suelo, el ángel está arrodillado junto a ella, temblando.

—Mi esposa va a estar orgullosa de vos —Bermúdez lo palmea—. Ya podés irte.

El otro lo mira con sorpresa, con furor. Bermúdez le sostiene la mirada, vuelve a triunfar sobre el ángel, lo acompaña hasta la puerta.

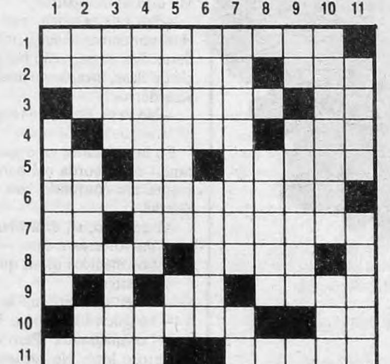
El doctor, suspirando, ha vuelto al consultorio. Hace la indicación habitual: ella se acuesta en la camilla; el ángel se ha ido. Sin mirarla Bermúdez va hacia el pequeño cajón, rasga un sobrecito, se desabrocha los botones inferiores del guardapolvo. De espaldas en la camilla se ven las paredes de patitos lila, el cielorraso blancuzco. El doctor, con torpe apuro, va hacia ella.

(Continuará.)

JUEGOS

CRUCIGRAMA • Crucinematográfico

¡Luz! ¡Cámara! ¡Acción!... Comienza aquí un festival de cine, al que podrán concurrir todos los que amen el séptimo arte. En cuanto a los otros... ¡Corten!



HORIZONTALES

1. Notable película de Woody Allen.
2. (Mabel) La más grande de las comediantes del cine mudo, y también la más escandalosa./ "Cul de ...") Film francés de Polanski.
3. Película de Spielberg, que en su momento arrasó con los records de taquilla./ Negación.
4. Egresar./ Metro Goldwyn Mayer.
5. Interjección: sorpresa./ Letra griega./ Nombre de Kurosawa.
6. Con consistencia de gelatina, femenino.
7. Preposición./ Enseñanza, sabiduría que se imparte.
8. ("La ...") Notable film de Rydell, con Bette Midler./ Aeda.
9. Símbolo del erbio./ Preposición.
10. (Brigitte) Diosa del cine francés./ Símbolo del argón.
11. (Jorge) Bailarín argentino, de recordada actuación en "Los unos y los otros"./ Uno de "Los Tres Chiflados".

VERTICALES

1. Prefijo privativo./ (Ginger) Famosa pareja de baile de Fred Astaire.
2. No, en inglés./ ("Fiebre del ...") Famosa obra de Coward, llevada al cine./ (Armando) Curioso cineasta argentino, propulsor de Isabel Sarli.
3. Lapso muy pequeño./ Nombre de Laurel, compañero de Oliver Hardy.
4. Representación de un país en tierra extranjera./ Símbolo del radón.
5. ("La ...") Importante film argentino, protagonizado por Marilina Ross./ (Mister) Caballo parlante de ciertas series de TV.
6. Inscripción que puso Pilatos en la cruz de jesús./ ("I, como ...") Excelente film testimonial con Yves Montand.
7. Oloroso, odorífero./ Símbolo del talio.
8. (Alexander) Notable cineasta inglés, director de "La vida privada de Don Juan" y "Lady Hamilton".
9. Existe./ ("La ...") Excelente film de Joffe, con Robert de Niro.
10. Pierden sangre./ Pandero de ciertas ceremonias árabes.
11. Exitosa película basada en la novela homónima de Arthur Hailey./ (Tex) Genio estadounidense del dibujo animado, creador de los mejores cartones de "Bugs Bunny".

SOPA DE LETRAS

Encuéntre en la sopa las palabras en pareja de la lista. Pueden estar en horizontal, vertical o diagonal, en uno u otro sentido. Las letras sin usar formarán un mensaje.

ISABEL .... PERON
VIOLETA .... CHAMORRO
GOLDA .... MEIR
INDIRA .... GANDHI
CORAZON .... AQUINO
BENAZIR .... BHUTTO
MARGARET .... THATCHER
LIDIA .... GUEILER

T	H	A	T	C	H	E	R	A	I	R
T	E	E	I	N	D	I	R	A	S	I
A										
S	L	A	C	O	V	O	N	T	A	Z
D										
E	R	A	O	T	N	I	M	P	B	A
L										
N	L	E	I	R	E	I	O	A	E	N
O										
C	O	I	L	D	R	R	U	L	L	E
G										
O	N	R	D	I	I	O	A	Q	E	B
E										
L	M	U	E	E	E	L	M	G	A	T
N										
D	O	E	M	P	N	U	E	A	R	S
A										
O	T	T	U	H	B	T	G	A	H	A
D										
O	D	E	N	O	Z	A	R	O	C	C
M										
G	R	G	A	N	D	H	I	A	C	I
A										

SOLUCIONES

SOLUCION 2509

INTERIORES■
NORMAND■SAC
■TIBURON■NO
R■SALIR■MGM
OH■JI■AKIRA
GELATINOSA■
EN■DOCTRINA
ROSA■AEDO■V
S■T■ER■ANTE
■BARDOT■■AR
DONN■■LARRY

"Arte es la contemplación del mundo en estado de gracia."
Hermann Hesse.